

LIBERALISMO Y CULTURA POLÍTICA EN LA EDUCACIÓN OBRERA EN SINALOA (1875-1911)

LIBERALISM AND POLITICAL CULTURE IN WORKERS' EDUCATION IN SINALOA (1875-1911)

JUAN LUIS RÍOS

Universidad Autónoma de Sinaloa

RESUMEN

Las escuelas y bibliotecas obreras instaladas en Sinaloa hacía finales del siglo XIX y principios del XX constituyeron espacios significativos en la dinámica de la vida social y cultural en los principales centros urbanos del estado. Estos lugares se conformaron como un espacio clave del proceso de modernización e integración social de amplios sectores sociales en las poblaciones emergentes. Para indagar las características del proceso de creación de bibliotecas y escuelas obreras así como la ampliación del público lector en sociedades nuevas, de reconfiguración reciente, el presente artículo pretende analizar las iniciativas de creación de escuelas y bibliotecas por parte de asociaciones obreras y mutualistas y su papel durante el proceso de conformación de una cultura cívica y política en los sectores de obreros y artesanos sinaloenses.

Palabras clave: Educación, obreros, liberalismo, Sinaloa, cultura política, bibliotecas.

ABSTRACT

The workers' schools and libraries set up in Sinaloa towards the end of the 19th century and the beginning of the 20th century represented significant spaces in the dynamics of social and cultural life in the main urban centres of the state. These places were key to the process of modernisation and social integration of broad social sectors in the emerging populations. In order to investigate the characteristics of the process of creation of libraries and workers' schools as well as the expansion of the reading public in new, recently reconfigured societies, this article aims to analyse the initiatives for the creation of schools and libraries

by workers' and mutualist associations and their role in the process of shaping a civic and political culture in the sectors of workers and artisans in Sinaloa.

Keywords: Education, workers, liberalism, Sinaloa, political culture, libraries.

RESUM

LIBERALISME I CULTURA POLÍTICA A L'EDUCACIÓ OBRERA A SINALOA (1875-1911)

Les escoles i biblioteques instal·lades en Sinaloa cap a finals del segle XIX i principis del XX van construir espais significatius a la dinàmica de la vida social i cultural dels centres urbans principals de l'Estat. Aquests llocs es conformaren com un espai clau del procés de modernització i d'integració social d'amplis sectors socials a les poblacions emergents. Per indagar en les característiques del procés de creació de biblioteques i escoles obreres així com a l'ampliació del públic lector en societats noves, de configuració recent, el present article pretén analitzar les iniciatives per a la creació d'escoles i de biblioteques des de les associacions obreres i mutualistes i reflexionar al voltant del seu paper durant el procés de conformació d'una cultura cívica i política en els sectors obrers i artesans de Sinaloa.

Paraules clau: Educació, obrers, liberalisme, Sinaloa, cultura política, biblioteques.

La formación y práctica del mutualismo obrero durante la segunda mitad del siglo XIX en Sinaloa contribuyó a la formación de valores propios del liberalismo político decimonónico. Este hecho influyó de manera directa para que el Estado asumiera la vigencia de los derechos civiles y de las libertades de reunión, de opinión y de prensa, como una forma de regular legalmente tales formas de constitución ciudadana. Fue a través de las organizaciones obrero-mutualistas, que los miembros expresaron su capacidad de actuar juntos y, al tiempo que se hicieron oír, asumieron responsabilidades crecientes sobre su propio destino, construyendo consensos y valores comunes que ayudaron a dar legitimidad de su papel en la vida pública y a sus instituciones.

Para cumplir estos objetivos, las escuelas y bibliotecas obreras constituyeron espacios significativos en la dinámica de la vida social y cultural en los principales centros urbanos del estado. Estos lugares se conformaron como un espacio clave del proceso de modernización e integración ciudadana de amplios sectores sociales en las poblaciones emergentes. Para indagar las características del proceso de creación de bibliotecas y escuelas obreras así como la ampliación del público lector, el presente artículo pretende analizar las iniciativas de creación de escuelas y bibliotecas por parte de asociaciones obreras y mutualistas y su papel durante el proceso de conformación de una cultura cívica y política en los sectores de obreros y artesanos sinaloenses.

La historiografía sinaloense actual, poco o nada ha puesto atención sobre las escuelas obreras, sus bibliotecas y su prensa como medios de influencia en la formación política de sus agremiados. Por otra parte, la historiografía latinoamericana ha registrado en este fenómeno una disposición a pensar estas instituciones como dispositivos, como una red que relaciona y pone en movimiento discursos sobre la lectura, políticas públicas, intervenciones intelectuales, formación de lectores, sociabilidad asociativa, aspiraciones

sociales, pautas de civilidad, cultura cívica e ideologías políticas.¹ Este artículo intenta llenar algunos de esos vacíos.

LAS SOCIEDADES MUTUALISTAS Y SU INFLUENCIA EN LA FORMACIÓN Y EDUCACIÓN OBRERA

Hacia finales del siglo XIX, una diversidad de actividades industriales que comenzaron a desarrollarse en el estado de Sinaloa, fueron ganándole el paso al trabajo manufacturero y a la producción artesanal.² En los principales centros urbanos del estado como Mazatlán, Culiacán y El Fuerte, existieron las condiciones propicias para establecer ingenios azucareros, industrias metalúrgicas y fábricas manufactureras, mientras que en la zona serrana, principalmente de los Distritos de Cosalá y El Rosario, progresó la extracción de minerales a gran escala.³ Esta situación produjo un exponencial aumento en el número de trabajadores, desde el obrero más especializado hasta el ayudante temporal.

La transformación hacia una economía manufacturera de gran escala rompió paulatinamente con el modelo artesanal, el cual se mostró incapaz de resistir al crecimiento industrial desregulado. Como resultado del crecimiento y la estratificación laboral surgió también una necesidad de autorreconocimiento social así como de ayuda mutua por parte de los sectores laborales. Fue entonces cuando la clase trabajadora organizó las primeras asociaciones mutualistas encabezadas por obreros y artesanos urbanos, en parte porque fueron ellos los que tuvieron un mayor acceso a la educación, a proporcionarse –en algunos casos– un mejor estilo de vida, a ser observadores y críticos de las decisiones gubernamentales que les afectaron de manera directa.

La armonía entre los grupos socioeconómicos que conformaron la sociedad sinaloense decimonónica no siempre fue una posibilidad, sin embargo, la importancia que artesanos, obreros y pequeños productores tomaron en la producción de bienes y servicios que convenían a la sociedad en su

1 PLANAS, Javier (2018), "Las bibliotecas populares y obreras como objetos de la historia", *Historia y Espacio*, vol. 14:51, pp. 9-15.

2 ROMÁN ALARCÓN, Arturo (1998), *Comerciantes extranjeros de Mazatlán (1880-1910)*, COBAES, Culiacán, pp. 68-77.

3 El 1900, Sinaloa era el quinto estado del país en importancia de la industria minera, lo cual tuvo como resultado que para principios del siglo XX el 90% de sus exportaciones fueran metales preciosos. En OSUNA, Francisco (2014), *Crecimiento y crisis de la minería en Sinaloa, 1907-1950*, Tesis de Maestría, Universidad Autónoma de Sinaloa, pp. 37-63.

conjunto, les permitieron tomar un lugar representativo en la base social. Su organización alrededor de sociedades obreras permitió que las ideologías seculares-democráticas, cooperativistas, de crítica social y política, se multiplicaran, también los medios para expresar la agitación y el debate popular: periódicos y panfletos dedicaron más espacio a los escritos de los intelectuales subversivos afectos a la protección de los trabajadores que podían leerse y comentarse en fábricas, talleres, cantinas, salones y otros espacios de sociabilidad popular.

Es primordial no olvidar que los obreros y artesanos constituyeron, por lo general, la mayor cantidad de la población vecindada en una ciudad, y que si bien es cierto que durante la primera mitad del siglo XIX éstos no integraron una fuerza política, derivado sobre todo de su propia falta de auto reconocimiento y organización, a inicios del XX, prácticamente no existió en México ninguna ciudad o puerto medianamente industrializado que no contara con al menos una asociación obrero-mutualista. Si en algo contribuyó el mutualismo en México fue precisamente, en intentar instruir a sus miembros de una conciencia acerca de su papel como ciudadano, y por lo tanto, su relevancia como ente político.

En el Sinaloa de finales del siglo XIX, el mutualismo local, anclado a una participación política gremialista, logró transitar hacia formas de organización de trabajadores más modernas que permitieran pasar del auxilio mutual a la acción directa en defensa de los derechos laborales en contra de los capitales y del Estado. La principal intención de estas asociaciones fue crear fuentes de trabajo, garantizar el empleo de los socios y mejorar sus condiciones de vida.

Este fenómeno, que adquirió una presencia cada vez más relevante en el espacio público y político, permitió vislumbrar un futuro pleno de asociaciones voluntarias capaces de contribuir para dar respuestas a las transformaciones ético-políticas que los obreros demandaron, y de promover el bien común. Para comprender su evolución y encontrar las claves del futuro, es fundamental contextualizar el análisis en los procesos socio-históricos, políticos y culturales en los que estas organizaciones se desarrollaron, de manera tal que se pueda aprehender la heterogeneidad del fenómeno y focalizar en sus particularidades.

De 1875 a 1910 se crearon en Sinaloa alrededor de quince asociaciones de carácter obrero que se caracterizaron en dos aspectos formativos. El primero de ellos particularizó a aquellas sociedades en las que se unieron obreros y artesanos pertenecientes a diferentes ramas del trabajo, mientras que el segundo aspecto involucró a las que se formaron por especialidad de oficios, como tabaqueros, zapateros, tipógrafos, panaderos o trabaja-

dores portuarios.⁴ Como consecuencia de su establecimiento formal, este tipo de sociedades se conocieron mejor, y con más precisión, que los grupos informales de sociabilidad consuetudinaria.

Las asociaciones mutualistas mexicanas y sinaloenses solían cumplir con tres relaciones pocas veces indisociables para la época: con sus compañeros de cooperativa, con el Estado y en muchas ocasiones, con la iglesia. Cumplieron además un papel importante en la construcción de la vida republicana, porque eran instituciones donde teóricamente predominaban valores, relaciones y prácticas basados en los nuevos principios de libertad e igualdad.⁵ En consecuencia, estas asociaciones no sólo sirvieron a los fines específicos para los cuales se las había creado, sino que funcionaban además, como ámbitos de desarrollo y difusión de las prácticas sociales y políticas consideradas “modernas”, empezando por el hecho de que a ellas se unieron individuos libres de manera voluntaria bajo una estructura democrática en donde la mayoría fueron jurídicamente iguales, con posibilidades de votar y ser votados.⁶

En teoría, estas sociedades se condujeron fuera del ámbito público, no apelaron a la coerción como mecanismo de control ni se demandó la adhesión a algún proyecto político de manera reglamentaria y, en su mayoría, contaron con un estatuto que refleja la existencia de ciertos valores comunes, una obligación moral, solidaridad espiritual, vida recta y buenas costumbres, una especie de hermandad dentro de una gran familia.

Al cimentar y prolongar la creencia en el valor moral, político, sentimental y recreativo de la formación educativa, el conjunto de dirigentes sociales comprometidos con ese efecto emprendió una serie de tareas que se observan en la estimulación de acontecimientos que multiplicaron las ocasi-

4 RAMÍREZ MEZA, Benito (1992), “El movimiento obrero sinaloense de sus años de formación al inicio de la etapa cardenista”, *Clío*, n° 5, p. 81.

5 Por ejemplo, la Asociación de Artesanos Unidos marcó como sus principales objetivos el “fomentar la instrucción, ilustración y moralidad entre sus socios, estimularlos a los socios por medio de buenos ejemplos para que cumplieran con sus deberes para con la empresa, cooperando así al engrandecimiento de la sociedad, conciliar el interés de cada empleado con los de la empresa en la cual sirve, revisando de común acuerdo los sueldos con el efecto de dar una retribución justa”. Archivo Histórico de la Universidad Iberoamericana, Colección Porfirio Díaz, Leg. 40, C. 5, Doc. 254, “Reglamento de la Sociedad Mutua de Artesanos Zapateros”, p. 7.

6 GUERRA, Francois-Xavier (2010), *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Fondo de Cultura Económica, México.

ones de encuentro entre los obreros y artesanos. En estos tres planos, las escuelas obreras compartieron un horizonte de saberes semejantes y, por lo mismo, habilitaron un grupo de prácticas similares. La singularidad que asumió cada una de estas variantes condicionó el modo en que estas organizaciones sociales definieron su público.

En términos generales, el Estado se relacionó con las asociaciones obreras mediante la elaboración de una malla procedimental generadora de conocimiento y haceres de y sobre sus funciones, que incluyeron por supuesto la parte educativa, que a su tiempo y alternativamente permitió alentar, controlar, direccionar, condicionar. Se detecta la siempre prolífica cuestión política de la autonomía y el control, representada por los resortes estratégicos elaborados por el Estado y las tácticas de acoplamiento o distancia generadas por las asociaciones. En coyunturas específicas, especialmente bajo conducciones autoritarias o dictatoriales, este tópico se vuelve determinante. Por otra, se observa una evaluación de las intervenciones estatales identificadas con la pedagogía discursiva que este dispuso o impuso, así como también el modo en que las asociaciones hicieron uso de ellas.⁷

Finalmente, mientras que las sociedades obreras obedecieron a principios democráticos, reconocieron la igualdad de derechos de sus integrantes y prestaron auxilio a sus miembros; también posibilitaron la unión de trabajadores de distintos oficios, identificándose ya no como zapateros, carpinteros o sastres, sino como parte de la clase trabajadora.⁸ Por medio de estas organizaciones, los trabajadores intentaron salvaguardar sus status social, potenciar el trabajo a través de la educación, y reconstruir lazos comunitarios fracturados por el mercado, el nuevo orden jurídico y los conflictos laborales.

La puesta en marcha de un entramado societario de carácter popular y obrero en Sinaloa durante la época tuvo varios ejes inspiradores. Uno de ellos fue la lucha por la satisfacción de unas necesidades básicas no cubiertas por la oferta estatal. En este sentido, las líneas maestras de comportamiento societario en la época contemporánea se van a fundamentar en las nuevas formas de sociabilidad que nacieron en el mundo a partir de la revolución francesa y que en México estuvieron asociadas en su desarrollo a la progresiva consolidación de la sociedad liberal. Así pues, las formas y espacios de sociabilidad creados por las clases populares y el naciente

7 PLANAS, "Las bibliotecas populares", p. 10.

8 ILLADES, Carlos (2016), *Hacia la república del trabajo. El mutualismo artesano del siglo XIX*, Gedisa, México, p. 16.

movimiento obrero durante los siglos XIX y XX se ubicarán en estos moldes culturales, asimilándolos y readaptándolos en función de sus intereses.

LAS SOCIEDADES MUTUALISTAS Y SU INFLUENCIA EN LA FORMACIÓN Y EDUCACIÓN OBRERA

Una vez culminada la revolución de Ayutla, los nuevos gobiernos liberales instalados en los estados de la república pugnaron por llevar a la realidad los principales designios de la constitución de 1857, sin embargo en muchos de los casos, la realidad política y económica local se imponía como la principal dificultad para lograrlo. En el caso educativo, hubo intentos de crear condiciones adecuadas para el desarrollo de la educación básica y profesional de la entidad. Uno de estos primeros experimentos fue la creación del Colegio Mercantil y de la Minería en enero de 1861, el cual ofrecía las carreras de primeras letras, ensayadores de metales, minerólogos, tenedores de libros, agentes aduanales, entre otras. La institución educativa estaba bajo los auspicios de la Junta Directiva de Instrucción Pública, y según el decreto de su formación, sería sostenido económicamente por las municipalidades, regulación que fue imposible de cumplir debido a la pobreza de las arcas.⁹

Un siguiente proyecto fue la creación de la Escuela Nocturna para Adultos en junio del mismo año a iniciativa del secretario de la Junta de Instrucción Pública, Francisco Gómez Flores. El principal objetivo de la escuela fue fomentar el incremento de la alfabetización de los trabajadores, principalmente obreros y artesanos del puerto de Mazatlán. En la ideología liberal la educación ocupaba un lugar destacado: era un vehículo de transmisión del saber que a la vez servía como instrumento para la integración nacional.¹⁰ La instrucción técnica pretendía ser una palanca de despegue industrial, fue por ello que la clase empresarial del puerto fomentó y aportó recursos económicos para el éxito del proyecto. Dirigida por el preceptor José de Jesús Cordero, la escuela no sólo brindaba formación técnica y moral, también servía como vehículo para transmitir la disciplina industrial.¹¹ Las escuelas nocturnas para adultos instaladas en las principales ciudades de México durante la etapa de la reforma en México muestran una eviden-

9 OLEA, Héctor R. (1993), *Trayectoria ideológica de la educación en Sinaloa, (1592-1937)*, Universidad Autónoma de Sinaloa-DIFOCUR, Culiacán, pp. 84-86.

10 ILLADES, Carlos (2016), *Hacia la república del trabajo*, p. 182.

11 OLEA, Héctor R. (1993), *Trayectoria ideológica de la educación*, p. 86.

te intención de formar cuadros técnicos para la industria y hacen explícita la emergencia de una nueva jerarquía dentro del mundo del trabajo.¹²

A pesar de estos y otros esfuerzos por parte de los gobiernos liberales en Sinaloa, hasta la segunda mitad del siglo XIX, los trabajos logísticos de la formación educativa en Sinaloa no se modificaron sustancialmente, en buena medida porque el estudiantado y la comunidad lectora se mantuvieron durante largas décadas estructuradas sobre una minoría ilustrada, dependiente de la formación foránea o de El Colegio Rosales¹³ y su biblioteca pública. El analfabetismo de las clases populares seguía siendo un mal endémico, un gran porcentaje de los obreros preferían enviar a sus hijos a trabajar a alguna de las diferentes industrias que a recibir las primeras letras.

No fue sino hasta la última década del siglo XIX y los principios del XX que el crecimiento del público lector que supuso el ingreso de los sectores populares al campo de la lectura y la educación a través de la instalación de las primeras escuelas obreras, significó una transformación radical de las concepciones y las prácticas educativas del estado. Este hecho se cristalizó en gran medida gracias al funcionamiento de las primeras escuelas y bibliotecas obreras junto con el inicio de la edición de una prensa especializada para las clases trabajadoras. Es por ello que el contacto de costumbres y modos de hacer tan disímiles como los que suponen las raíces populares y la cultura culta que simbólica y materialmente encarnan las escuelas y la prensa obrera, constituye un área fértil para el análisis de la formación educativa y la cultura política en el Sinaloa de finales del siglo XIX.

En este marco, cobra relevancia el análisis de dichas instituciones y sus prácticas en los contornos de una sociedad de reciente conformación, dotada de una organización estatal embrionaria que favoreció las condiciones de emergencia de los poderes municipales a nivel de cada localidad, en el contexto de una sociedad dotada de un sistema educativo insuficiente, las altas tasas de analfabetismo y de deserción escolar, especialmente en las clases obreras y artesanas.

Más allá de este relato, las diversas circunstancias que incentivaron la creación de escuelas obreras en Sinaloa durante los albores del siglo no eran

12 ILLADES, Carlos (2016), *Hacia la república del trabajo*, p. 185.

13 Antes Colegio Mercantil y de la Minería (1861), el Colegio Rosales fue fundado en 1873, siendo la primera institución civil encargada de brindar educación secundaria y profesional en Sinaloa. Su primera oferta educativa fueron las carreras de ingeniero agrimensor, topógrafo e hidrógrafo, abogado, contador (tenedor de libros), químico (ensayador de metales) y profesor de educación básica.

excepcionales y, en cierta forma, respondían a un movimiento de vasto alcance, vinculado con el asociacionismo, la creciente participación de la sociedad civil y con el proceso de expansión de las sociedades obreras y mutualistas entre fines del siglo XIX y primeras dos décadas del siglo XX, fenómeno ampliamente perceptible para la sociedad y, por supuesto, para el Estado.

Todas esas coordenadas incentivaron la gestación de otros mecanismos informales y alternativos al interior de la sociedad civil, al tiempo que propiciaron el crecimiento de un conjunto de prácticas vecinalistas y de redes de militancia política, consideradas sustanciales para cubrir las crecientes necesidades que tenían los pobladores de los incipientes centros urbanos. Entre los distintos tipos de asociaciones creados por la sociedad civil, las escuelas obreras tuvieron una relevancia cuantitativa y cualitativa.

Otra circunstancia del avance de la educación obrera fue que conforme la especialización en el desempeño del trabajo obrero fue avanzando, el gobierno estatal comenzó a implementar leyes -durante la última década del siglo XIX- que obligaban al trabajador industrial a cubrir ciertos requisitos para su contratación, como saber leer y escribir, tener conocimientos de aritmética, matemáticas y de la actividad a realizar, todas estas, influenciadas por los empresarios pertenecientes a la Cámara de Comercio de Mazatlán y los comerciantes de Culiacán.¹⁴

Los ayuntamientos también establecieron leyes respecto al desempeño laboral, Mazatlán por ejemplo, estableció en el artículo 19 de su reglamento municipal, que ningún propietario o administrador de fincas rústicas o establecimientos industriales, recibiría en su servicio a menos de catorce años, sino se presentaba la documentación que demostrara su asistencia a alguna escuela de la localidad, teniendo como multa para quien incumpliera estos requisitos de \$5 hasta \$10 pesos por reincidencia.¹⁵ Para 1900, el ayuntamiento aprobó otras dos nuevas escuelas nocturnas para niños que trabajaran bajo permiso durante el día, en alguna de las fábricas o talleres del puerto. Estas dos escuelas lograron tener hasta setenta alumnos, de hecho, para poder trabajar en algún taller o fábrica, los niños debían de presentar su matrícula de inscripción así como llevar regularmente su cartilla de asistencia.¹⁶

14 *El Correo de la Tarde*, 3 de marzo de 1891.

15 OJEDA, Samuel y CÁZARES, Pedro (2017), *Auroras y crepúsculos de una perla del pacífico: Sociedad y cultura en Mazatlán durante el siglo XIX*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán, p. 273.

16 Archivo Histórico Municipal de Mazatlán, Actas de Cabildo, 10 de enero de 1900.

Al incremento cuantitativo de estas entidades habría que añadir el interés creciente por parte de las asociaciones obreras de asumir por sí mismas las demandas de las clases populares, no solo en la defensa del trabajo o el salario, sino en otros ámbitos básicos como en la lucha por la mejora de las condiciones de vida, la vivienda, el ocio y la cultura. La mayoría de las asociaciones de obreros instaladas en Sinaloa durante la época comenzaron a trabajar, desde el momento de su formación, en la seguridad laboral de sus agremiados, en su educación, así como en la creación de espacios de recreación mutua que sirviesen también como símbolo de identificación de cada una de las sociedades en los cuales se llevaron a cabo bailes de aniversario, festejo de fiestas patrias, reuniones periódicas y juntas directivas para la elección de la nueva mesa dirigente.

De estas demandas, quizá la más prioritaria fue la educación. Su deseo de acceder a una mayor instrucción colectiva no era gratuito, se trataba de aprender para hablar, para tener voz y para mejorar su condición. Con la finalidad de cumplir con los objetivos de formar obreros mejor ilustrados, para principios de siglo las asociaciones más importantes de Sinaloa comenzaron a crear escuelas nocturnas para sus obreros. La sociedad Ignacio Zaragoza y la Sociedad de Artesanos Unidos en Mazatlán así como la Sociedad Mutualista de Occidente en Culiacán fueron las primeras encargadas de realizar esta tarea, en dichas escuelas existieron dos profesores por cada una, los cuales eran subvencionados por el Estado, mismos que se encargaban de dar clases de moral, aritmética, historia, economía, política, dibujo industrial, entre otras, apegándose al programa de educación elemental aplicado por el estado en las escuelas públicas.¹⁷

El periodista y escritor norteamericano, John R. Southworth informó en su obra *Sinaloa Ilustrado* que en donde más se palpaba el adelanto de la enseñanza pública de Sinaloa hacía finales del siglo XIX era en Mazatlán, ello gracias en gran medida a las escuelas obreras que funcionaban como parte de las asociaciones obreras de la ciudad: "en este puerto existen dos o tres sociedades obreras perfectamente bien organizadas, cada una de ellas cuenta con escuela para sus miembros, y más que todo, moralizadas a tal grado que son una verdadera garantía para la sociedad y el gobierno".¹⁸

El incremento de estos espacios de formación educativa y en cierto sentido, de clases sociales, se debió también a las presiones constantes de una parte de la sociedad y del Estado por moralizar a las clases trabajadoras,

17 *El Correo de la Tarde*, 22 de enero de 1897.

18 SOUTHWORTH, John Reginad (1980), *Sinaloa Ilustrado. El estado de Sinaloa, sus industrias comerciales, mineras y manufactureras*, Gobierno del Estado de Sinaloa, Culiacán, 1980, p. 27

quienes persistentemente eran retratadas por la opinión pública como un mal social, un peligro latente para la moral y la seguridad pública a quienes había que educar en el trabajo y la cultura cívica. Las organizaciones artesanales a través de la culturización y los procesos educativos al interior de las escuelas obreras intentaban rescatar la dignidad del trabajo y, con fundamento en ella, afianzar un lugar para los trabajadores dentro de la jerarquía social.¹⁹

Para la primera década del siglo XX, prácticamente cada una de las asociaciones artesanales establecidas en Sinaloa contaban con una escuela nocturna para sus agremiados equipada con su propia biblioteca. Las de más tradición usaban gran parte de sus recursos para equipar los edificios de las escuelas con los mejores materiales, contratar a alguno de los profesores egresados de la Escuela Normal de Sinaloa, dependiente del Colegio Rosales para impartir clases de escritura, lectura y cálculo aplicado a las artes y oficios.²⁰ La demanda por este tipo de establecimientos creció al grado de que muchas de las sociedades obreras se vieron en la necesidad de abrir sucursales en otros distritos del estado con el objetivo de satisfacer las solicitudes educativas de parte de las clases artesanas y sus familias.²¹

Constantemente las sociedades solicitaron por medio de la prensa, la donación de libros, folletos, revistas y periódicos para acrecentar las bibliotecas, las cuales eran de carácter público y cualquier persona podía asistir a consultarlas.²² En 1879, Faustino Díaz y Federico Ramírez, presidente y secretario de la Sociedad de Artesanos Unidos de Mazatlán hacían constantes llamadas a la sociedad a través de la prensa para que se donara material impreso que complementara las 96 publicaciones con las que ya contaba su nascente biblioteca.²³ Años más tarde, la misma asociación hizo una solicitud al Cabildo para que la biblioteca municipal de Mazatlán fuera trasladada a los salones de la organización bajo el argumento de que eran las clases más desheredadas, como los obreros, las clases que más necesitaban la instrucción de las letras.²⁴

19 ILLADES, Carlos (2016), *Hacia la república del trabajo*, p. 196.

20 *El Demócrata*, 13 de septiembre de 1906, p. 2.

21 *El Demócrata*, 7 de febrero de 1907, p. 3.

22 *El Demócrata de Mazatlán*, 22 de febrero de 1908. Dionicio Pérez y Manuel Mora, vicepresidente y secretario de la Sociedad Mutualista "Ignacio Zaragoza" publican un oficio llamando a la ciudadanía a donar libros, folletos, revistas y periódicos a la biblioteca pública de esta Sociedad para incrementar su tamaño y valor.

23 *El Monitor del Pacífico*, 2 de enero de 1879.

24 *El Correo de la Tarde*, 27 de enero de 1900.

Según los informes gubernamentales, la biblioteca de la Sociedad Mutualista de Occidente contaba con 700 ejemplares y 850 volúmenes, registrando un total de 140 visitas mensuales, la Sociedad Mutualista de Obreros de Culiacán tuvo por su parte 396 ejemplares y 144 volúmenes con 105 visitas mensuales, mientras que la Sociedad de Artesanos Unidos contaba en su establecimiento con 1500 ejemplares, 800 volúmenes y registraba hasta 350 visitas al mes.²⁵ Según cifras de *El Correo de la Tarde*, para 1890, un total de 2500 trabajadores industriales de Sinaloa ya sabían leer y escribir.²⁶ Fue en este sentido en que las organizaciones gremiales que se establecieron en Sinaloa durante el porfiriato tuvieron un éxito relativo. Las supuestas conquistas salariales fueron producto de una notable organización gremial en la que tuvo un papel decisivo el alto porcentaje de alfabetización de los obreros.

Las bibliotecas que surgieron respondieron a distintas necesidades de la sociedad civil y si bien algunas comisiones captaron los recursos esporádicos del gobierno nacional, en la práctica dichas comisiones se organizaron de manera ecléctica, sin ajustarse demasiado a las recomendaciones del organismo nacional. Como ya se ha advertido, en el Territorio fueron actores centrales en este movimiento los sectores medios y trabajadores. En la gestión de las bibliotecas, los maestros, los trabajadores nucleados en asociaciones gremiales, los miembros de agrupaciones políticas, fueron los principales impulsores de las comisiones entre los años veinte y treinta. La fundación de algunas bibliotecas estaba en relación directa con la presencia de personajes estratégicos muy cercanos al poder desde los rubros político y empresariales, de sus tempranas agrupaciones profesionales y sus prácticas intelectuales, que incentivaban la participación más allá del sistema educativo formal, sin desconocer la formación de las nuevas agrupaciones gremiales, políticas e intelectuales. Sin embargo, todas estas estrategias de distintos agentes no fueron individuales, tuvieron como plafón demandas sociales vinculadas con la difusión de prácticas de lectura y escritura entre sectores.

Algunos ejemplos de este tipo de vínculos fue el caso del principal socio honorífico de la Asociación de Artesanos Unidos de Mazatlán, el estadounidense Arthur de Cima. Miembro del cabildo y presidente del ayuntamiento de Mazatlán en diversas ocasiones, también empresario de la industria eléctrica, del agua, hielo y del transporte, De Cima fue uno de los actores más reconocidos en el mundo empresarial y político del Sinaloa decimonó-

25 *Anuario Estadístico de la República Mexicana*, 1 de enero de 1907, p. 239.

26 *El Correo de la Tarde*, 25 de febrero de 1890.

nico. Además de su papel como empresario, De Cima fue de los principales promotores de las figuras del presidente Díaz y de Francisco Cañedo en Sinaloa, fungió como el presidente de los clubs cañedistas de Sinaloa y fundó para efectos de la promoción política diversas publicaciones como *La Opinión de Sinaloa*, entre otras.

Otro caso es el del ingeniero Manuel Bonilla, fundador y primer presidente de la Sociedad Mutualista de Occidente en Culiacán. Desde temprana edad, Bonilla se desempeñó como el ingeniero de la ciudad, después formó parte como suplente de magistrado del Supremo Tribunal de Justicia de Sinaloa para, años más tarde, obtener el puesto de supernumerario. En 1900 fue nombrado el contador del Estado y en 1905 llegó a la dirección de la Compañía Naviera del Pacífico, hasta 1910, año en el que se convirtió en uno de los actores principales de la llegada del Maderismo a Sinaloa. Durante esta época, la figura de Bonilla se reconoció en todos los ámbitos, logrando que al momento de su formación, la asociación tuviera el reconocimiento de intelectuales, políticos y empresarios de la localidad.²⁷

Una de las novedades de finales del siglo XIX fue la identificación del mutualismo con la intelectualidad y la conformación de la idea de "progreso social". Una variedad de ejemplos se muestran especialmente representativos para el caso de Sinaloa, y sin duda para las principales ciudades de México durante la época: la de toda una generación de científicos sociales, la mayoría de ellos cercanos a la ideología liberal, que se lanzaron a la instrucción de grupos y asociaciones obreras y populares, en un contexto de pensamiento más o menos republicano y en ocasiones, con tintes "socialistas". Fue en este sentido que el viejo tema de la enseñanza y el aprendizaje, de la instrucción entendida como el fundamento de la emancipación social, se renovó y adoptó nuevas formas.

En *El Triunfo de Sancho Panza. Mazatlán, continuación de Tomochic*,²⁸ novela autobiográfica de Heriberto Frías, el autor hace mención de un personaje con el nombre de Carlos Bonal, un obrero de la Fundición de Sinaloa quien por haber estudiado en una de las escuelas nocturnas de las asociaciones obreras pudo lograr una mayor preparación educativa lo que le permitió acceder a un mejor empleo como capitán de barco de la Compañía Naviera del Pacífico. Este tipo de triunfos laborales que tuvieron que ver con la vida cotidiana del proletariado que se dieran a través de luchas políticas enmarcadas en un contexto evolutivo y reflexivo acerca de

27 RÍOS, Juan Luis (2021), "El círculo obrero: asociaciones, cultura y política en Sinaloa, 1875-1908", *El Taller de la Historia*, vol. 1:13, pp. 171-190.

28 FRÍAS, Heriberto (2004), *El triunfo de Sancho Panza. Mazatlán, continuación de Tomochic*, CONACULTA, México, p. 112.

su papel en la cultura política sinaloense se enmarcaron en conjunto con otras aspiraciones de la clase. En este sentido, el acceso a la educación de parte de las clases obreras y artesanas evidentemente no resolvió el problema de la pobreza, tampoco se cree que haya tenido éxito la campaña moralizante. Su relativo éxito estuvo en otro lado, en la transferencia del aprendizaje de los oficios y las técnicas, también en la cesión de privilegios logrados para el control y regulación del Estado.

La puesta en marcha de un entramado societario de carácter popular y obrero en Sinaloa durante la época tuvo varios ejes inspiradores. Uno de ellos fue la lucha por la satisfacción de unas necesidades básicas no cubiertas por la oferta estatal. En este sentido, las líneas maestras de comportamiento societario en la época contemporánea se van a fundamentar en las nuevas formas de sociabilidad que nacieron en el mundo a partir de la revolución francesa y que en México estuvieron asociadas en su desarrollo a la progresiva consolidación de la sociedad liberal. Así pues, las formas y espacios de sociabilidad creados por las clases populares y el naciente movimiento obrero durante los siglos XIX y XX se ubicarán en estos moldes culturales, reasimilándolos y readaptándolos en función de sus intereses.

EL PAPEL DE LA PRENSA SINALOENSE EN LOS PROCESOS EDUCATIVOS Y DE OPINIÓN PÚBLICA

El siglo XIX es el siglo de la opinión, o más bien, de la aparición de la opinión pública. Su rápida influencia en la sociedad se dio a través de varios elementos de la modernidad como el del libro y la folletería, sin embargo, el más moderno de las ágoras proliferó a través de la prensa. Según Keith Michael Baker, la opinión pública implicó la aceptación de una política abierta, pública, pero al mismo tiempo, sugería una política sin pasiones y sin facciones, una política sin temor de expresar todo lo que se pensaba.²⁹ En teoría, la opinión pública era la única que podía proveer fundamentos de legitimidad a los sujetos. Según se dice, ningún gobierno podría sostenerse si contradijera las tendencias de la opinión.³⁰

Lejos de unificar al público en torno de los nuevos valores, el surgimiento de la opinión y de las sociabilidades modernas constituyó una nueva jerarquía. Ésta no descansó ya en el nacimiento o la pertenencia a cuerpos

29 BAKER, Keith Michael (1990), *Inventing the french revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge University Press, Cambridge, p. 17 [traducción del autor.]

30 PALTI, Elias J. (2007), *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Siglo XXI, Buenos Aires, p. 161.

o estamentos sino en el capital cultural. Las clases proletarias tenían poco acceso a leer y conocer, referencias como las del pacto social de Rousseau o las de la voluntad general de Montesquieu, sin embargo, fue a través de la prensa que tuvieron acceso al conocimiento general y particular de estas ideas. Como explica Berstein, en una cultura política subyacen unas raíces filosóficas que traducen una concepción del mundo y su evolución, del hombre y de la sociedad que generalmente penetran en la masa a través de una minoría intelectual. La prensa periódica fue el canal fundamental de la socialización de una cultura política liberal de raigambre reaccionario, la prensa obrera tuvo mucho que ver en ese papel.

La coyuntura de lo público motivó también para que emergieran nuevas formas de asociación que ocuparon el lugar de las corporaciones del antiguo régimen. Individuos libres e independientes fueron los referentes de las mismas, capaces de agregarse por voluntad propia para promover sus intereses y asegurar su bienestar. Fue en esas sociedades de pensamiento, constituidas por una comunidad de iguales, desde dónde se debatieron las ideas y los asuntos en común, fue ahí también donde germinó la política moderna. La esfera pública se conformó entonces como el lugar en donde los ciudadanos resolvían las cuestiones de lo político.

En un primer momento, al comienzo de su arraigo societario, se podría decir que la opinión pública fue un elemento, un lugar común exclusivo de las elites. Eran ellas quienes llevaban la discusión política a lo público a través de un conjunto de vías que ellas mismas se encargaban de configurar, principalmente la prensa. Sin embargo, mientras más se expandía la esfera pública liberal de raigambre elitista, poco a poco comenzó a formarse otra, de carácter popular, en donde en una primera etapa se procesaban principalmente los asuntos referentes al trabajo.

En la constitución de esta, la prensa desempeñó un papel cardinal. Primero fueron las publicaciones tradicionales las que comenzaron a interesarse por los asuntos de las clases trabajadoras, su relación con el Estado y la sociedad. Su modo de vivir, su papel en el desarrollo de las ciudades, su participación cívica, sus derechos, su desempeño laboral, pero también sus vicios y moralidad, todos elementos constantes de escrutinio por parte de los rotativos. Hacia mediados del siglo, cuando las asociaciones de obreros obtuvieron gran importancia en el desarrollo de la política nacional por el control de la agenda laboral y su capacidad de influir en la opinión pública de obreros y artesanos, los periódicos de los trabajadores –o dedicados a ellos– evolucionaron rápidamente.

El discurso modernizador que permeó durante toda la época porfiriana se tradujo en construcciones idealizadoras sobre el trabajador y su deber

moral para con sus congéneres y para con la empresa. La mayoritaria y casi homogénea identificación e interiorización de los postulados de la civilización, moralización y educación en el universo de los periódicos, implicó una puesta en marcha de diversos mecanismos y estrategias destinados a consagrar una imposición cultural que estuvo mediatizada por la resistencia, la asimilación y consenso por parte de obreros y artesanos. En el debate sobre el deber moral de las clases trabajadoras, la parte educativa fue de los más relevantes que se plasmaron en la prensa nacional y estatal. Según el discurso predominante, un obrero moderno y progresista no podía ser uno analfabeta. Uno de los objetivos de las nuevas repúblicas latinoamericanas surgidas después de los procesos independentistas fue precisamente la formación del ciudadano como depositario de la soberanía popular. Para ello, los Estados fundaron sistemas de educación pública que enfrentaron desafíos y problemas comunes, el primero y mayor de ellos era alfabetizar a la población mayoritariamente rural, la empresa política de formar al ciudadano fue el resultado de un proceso de aprendizaje de la nueva comunidad política que suponía la transformación en la sociedad. En Sinaloa, el debate sobre la importancia de la educación en la formación de ciudadanos se mantuvo vigente durante todo nuestro periodo de estudio, siendo preponderante el tema de la educación obrera así como las discusiones acerca de si los hijos de los trabajadores deberían de estudiar o formarse en alguna especialización artesanal. Algunas opiniones criticaron el hecho de que las familias de la clase popular se negaran a enviar a sus hijos a la escuela por pensar que trabajando para ganar dos o tres centavos al día ya se podía salir adelante, sin instrucción alguna.³¹ Otros más criticaron el hecho de que en las escuelas especializadas para los obreros y sus hijos se separara la enseñanza de niños que serán "letrados" de los que serán artesanos, "como si de antemano se supiera el destino de cada cual, y hasta se ha querido distinguir desde la escuela primaria al que será mecánico del que será zapatero". Amenazando con ser un modelo educativo que se desatendía de la naturaleza y filosofía que imponían los elementos de una mejor educación.³²

La escuela fue concebida como la palanca transformadora de la barbarie en civilización, por esto se constituyó como el espacio en donde se encontraron el conjunto de valores, representaciones, lenguajes y comportamiento de matiz ilustrada y finalidad civilizatoria que suponía la ciudadanía.

31 *El Correo de Occidente*, 20 de octubre de 1880, p. 2.

32 *El Estado de Sinaloa. Órgano Oficial de Gobierno*, 30 de agosto de 1890, p. 1, "Estudios sobre la enseñanza en el estado de Sinaloa. Clasificación de la enseñanza".

En esta tarea, los hogares populares fueron señalados como el principal obstáculo en la extensión de los valores que dicha cultura liberal encarnaba, porque su ignorancia y apatía los incapacitaba para educarse ellos y después a los niños.

Lo cierto es que todos coincidían en que la educación del obrero era fundamental para el desarrollo social y cultural, no sólo de la clase, sino de la sociedad misma. Se le daba la responsabilidad a los obreros y artesanos de ser propagadores de malas costumbres, también la de ser quien podía reducir estas mediante su moralización, en la cual el proceso educativo era fundamental. Ante la iniciativa de eliminar las escuelas nocturnas que subvencionaba el Estado por parte del ejecutivo, Jesús Río manifestó que la autoridad no había querido comprender, que el delante de un puesto consistía precisamente en su buena educación y argumentó que el pueblo instruido progresaba mientras que uno mal educado retrocedía en el mismo.³³

El discurso sobre la educación obrera no era unívoco de la prensa sinaloense y constantemente se reproducían opiniones sobre el tema que llegaban de otros diarios nacionales. A mediados de 1892, *El Socialista*, diario de Mazatlán dedicado a las sociedades obreras del puerto, reprodujo un artículo publicado en *El Monitor Republicano* que tenía que ver con la temática:

Educar al artesano y a los hijos de este es la obra más meritoria que pueda cumplirse a los ojos de Dios y de los hombres...La educación debe de ser, primero en lo humano, después como ciudadano y por último, como trabajador. La educación como hombre debe de ser moral y religiosa, la educación como ciudadano le debe de enseñar los derechos con los que vino a la vida así como su deber para con la sociedad en la que vive y la educación del trabajo debe de ser moral y económica del trabajo desempeñado.³⁴

Según la opinión de Emilio Castelar de la cual se apropió *El Socialista*, retomándola como suya y de las sociedades de obreros dueñas del semanario que apoyaron su postura al difundirla, era que:

Ser un buen ciudadano, en vez de presentarse a servir de instrumento de tiranía, como esos desgraciados en quienes la ignorancia borra

³³ *El Socialista*, 23 de octubre de 1892, p. 2.

³⁴ *El Socialista*, 7 de agosto de 1892, p. 1.

toda idea de la propia dignidad, prestará firme apoyo a la libertad y a la justicia; y será por último, trabajador, y por lo mismo, no irá a pedir al Estado un sustento que el Estado no puede darle; no aborrecerá la propiedad, fuente del trabajo; no deseará esa protección del fisco, que es la causa del atraso de la industria y de la paralización del trabajo... la educación moral es indispensable al trabajador.³⁵

La representación del obrero y el artesano educado como símbolo del progreso y la modernidad social a la que aspiraban los teóricos de la sociedad mexicana aliados al gobierno central se fomentaba desde la prensa, círculos de la élite letrada y los empresarios locales. Las asociaciones fueron aliadas de estos sectores en la idea de la educación, tanto porque para unos y otros dominaba la idea de que la educación fomentaba los valores predominantes del ciudadano con valores cívicos.

A la par en la constitución una cultura política de carácter sectario y de clase, un amplio sector de la prensa sinaloense desempeñó un papel cardinal. Primero fueron las publicaciones tradicionales las que comenzaron a interesarse por los asuntos de las clases trabajadoras, su relación con el Estado y la sociedad. Su modo de vivir, su papel en el desarrollo de las ciudades, su participación cívica, sus derechos, su desempeño laboral, pero también sus vicios y moralidad, todos elementos constantes de escrutinio por parte de los rotativos. Hacia mediados del siglo, cuando las sociedades de obreros obtuvieron gran importancia en el desarrollo de la política nacional por el control de la agenda laboral y su capacidad de influir en la opinión pública los obreros y artesanos, los periódicos de los trabajadores –o dedicados a ellos– evolucionaron rápidamente, cobrando relevancia como medios de formación política y cultural.

Cuando la prensa trata el tema sobre educación y formación obrera, ya se trate desde las trincheras de la escuela, la biblioteca de escuelas o la columna de los periódicos, insisten todos en la cuestión fundamental de la sociabilidad y, junto a ella, la consolidación de un sentimiento hacia la lectura, el conocimiento o la cultura cívica como un medio fundamental para el supuesto. En la constitución de esta, la prensa desempeñó un papel cardinal. Primero fueron las publicaciones tradicionales las que comenzaron a interesarse por los asuntos de las clases trabajadoras, su relación con el Estado y la sociedad. Su modo de vivir, su papel en el desarrollo de las ciudades, su participación cívica, sus derechos, su desempeño laboral, pero

35 *El Socialista*, 7 de agosto de 1892, p. 1.

también sus vicios y moralidad, todos elementos constantes de escrutinio por parte de los rotativos. Hacia mediados del siglo, cuando las sociedades de obreros obtuvieron gran importancia en el desarrollo de la política nacional por el control de la agenda laboral y su capacidad de influir en la opinión pública los obreros y artesanos, los periódicos de los trabajadores –o dedicados a ellos– evolucionaron rápidamente.

Un sin número de periódicos pertenecientes a las asociaciones obreras o autonombrados como su principal vocero, se fundaron en todo México durante el periodo de la república restaurada y el porfiriato. Al ser voceros de las asociaciones, la gran mayoría de ellos funcionó con una agenda a fin a las pautas de la presidencia, sin embargo, ello no evitó que en muchas ocasiones, los redactores fueran críticos con algunas de las decisiones que a nivel estatal o municipal se llevaban a cabo por parte de las autoridades. Todo ello como parte de la estrategia de ir ocupando espacios en el discurso público cada vez más preponderantes por parte de las clases dirigentes de los trabajadores.

El Socialista, *El Hijo del Trabajo* y *La Convención Radical Obrera* fueron los principales diarios de estirpe laboral que nacieron durante la época y que tuvieron una importante influencia entre la opinión pública de las clases trabajadoras por su alcance nacional. Anteriormente se habían fundado el *Semanario Artístico* y *El Aprendiz* en 1844 y, *El Amigo del Pueblo* en 1869.³⁶ En Sinaloa existieron tres publicaciones semanales que daban las novedades sobre las sociedades mutualistas y en general, todo lo respectivo a la industria y el artesanado. *El Obrero de Occidente* se fundó en 1886 y *El Artesano* en 1887, ambos se editaron en Culiacán, *El Minero Sinaloense* en 1887 en El Rosario así como *El Mutualista* y *El Socialista* en 1892 en Mazatlán. Anteriormente, en 1875, José Cayetano Valadés había fundado *El Trabajo*, el cual si bien no era exclusivamente prensa obrera, si se destacaba por sus notas sobre los avances que en este sentido se originaban en el estado.

Hasta antes de 1861 pareciese que el pueblo no podía ser considerado como un sujeto político. No se pensaba pues, que el pueblo, considerando a obreros, artesano o campesinos fuese capaz de participar en el gobierno por autorización o derecho y se le veía más bien como un ente ligado al Estado por protección a cambio de fidelidad. La prensa obrera y los intelectuales subversivos que participaron en ella fueron los principales artífices del cambio en el discurso político predominante. Su aparición y circulación

36 Algunos otros periódicos de menor relevancia publicados en la ciudad de México fueron *El Artífice*, *El Obrero Internacional*, *El Pueblo* y *Agapito*, *La Industria Internacional*, *La Reforma Social*, entre otros. En ILLADES, Carlos (2016), *Hacia la república del trabajo*, p. 246.

influyó de manera definitiva en la opinión pública de los trabajadores mexicanos, después de ella, la apropiación de una cultura política más crítica, subversiva y de motivación en la participación electoral fue una constante. Sinaloa no fue la excepción.

En ese sentido, la conciencia y la organización del mundo del trabajo no fueron sólo tributarias de lo que ocurrió en la esfera económica como en la esfera política, sino también de la evolución de las costumbres de los propios obreros. Al existir una expansión en el fenómeno asociativo en Sinaloa, los obreros, no solo constituyeron sociedades con la finalidad del corporativismo mutualista sino también con una finalidad cultural, y nada refleja más el hecho de que una organización se está acrecentando culturalmente que una publicación en forma de periódico. Fue a través de ello que obreros y artesanos le dieron sentido a una abierta expresión política y constituyeron un lenguaje propio, identitario, de valores e intereses para los trabajadores.

CONCLUSIONES

La relación entre el Estado y las sociedades artesanales en Sinaloa a finales del siglo XIX y principios del XX tuvo diferentes niveles de vinculación: acuerdos fructíferos, tensiones con resultados dispares, vigilancia gubernamental de variable intensidad –según el cariz democrático, autoritario o abiertamente totalitario del partido o coalición de gobierno– e indiferencia mutua. El tema educativo fue uno de los temas en los cuales el Estado y las asociaciones encontraron un punto en común, pues ambas buscaban el supuesto desarrollo profesional y la moralización hacía el trabajo que supuestamente traería la educación especializada de las escuelas obreras. Por ello es que el Estado desdeñó completamente la atención de las escuelas nocturnas para adultos, que funcionaron hacía mediados del siglo XIX para dar paso al apoyo a las escuelas surgidas en el seno asociativo. Su presencia o ausencia constituye un factor clave para comprender globalmente esta historia.

Estudiar a las escuelas obreras y sus bibliotecas en el Sinaloa de finales del siglo XIX remite a un segundo elemento, que puede identificarse con las ideas y las personalidades de diferentes niveles que hicieron posible su diseño intelectual. La noción de escuelas obreras requiere pensar en un lugar practicado por artesanos y obreros, pero también por una sociedad cada vez más interesadas en el acceso al conocimiento especializado.

Se trata de extender un análisis sobre los modos en que estos actores, inscriptos en sistemas peculiares de sociabilidad, le dieron sentido a las instituciones a través de sus decisiones, rituales, tiempos, costumbres, cri-

terios y reglas. Este principio exige una distinción básica entre los actores que tomaron el compromiso de conducir los destinos institucionales y aquellos que, en general, pueden considerarse como público. Esta divergencia resulta clave para comprender la construcción misma del dispositivo de escuela obrera, cuya especificidad hay que buscarla, inicialmente, en cuatro módulos: Sus planes de estudio, el número de agremiados que asisten a ellas, el funcionamiento de su biblioteca y por supuesto, la relación de la asociación con el Estado.

En primer término, una escuela obrera remite a una espacialidad, aunque con diferentes marcos de estabilidad temporal. Por lo tanto, el ambiente sobre el cual se construye condensa objetos y rutinas que la ordenan y estructuran el hacer de quienes la transitan. La infraestructura y el mobiliario, así como también las tareas que definen sus usos, no solo hacen posible la conversión material de una habitación cualquiera en un recinto de lectura y enseñanza también se expresan como variación simbólica de los sentidos estéticos que le atribuyeron a estos establecimientos quienes se ocuparon de su gestión. Esta construcción contribuye a fijar los vínculos entre la escuela obrera y un público estudiantil.

Así pues, las escuelas obreras funcionaron como un modo de formación social, en las cuales estuvieron presentes la identificación y el reconocimiento de clase así como la configuración de una cultura política. Es cierto que al estar vinculadas estrechamente al poder, incluso con una constante colaboración, estas no supusieron un centro de formación política de raigambre contestatario al mismo, sin embargo, la formación educativa y el profesionalismo laboral que por medio de ellas obtuvieron obreros y artesanos sinaloenses les permitieron ingresar al mundo político-organizativo ya no como observadores sino como actores preponderantes en los destinos de la región, con una influencia importante en la opinión pública.

En el entramado de las representaciones sociopolíticas de obreros y artesanos a través de la prensa, las minorías que van a suponer las clases trabajadoras en representación del espacio público, van a luchar por incluir en el escenario de la opinión pública, intereses que les afectaban, ejerciendo una clara presión en el ámbito de la política nacional y transformando demandas, en principio minoritarias, tras múltiples debates y consensos, en derechos para todos. El tono de las demandas va a comenzar a fluir, además, con más libertad y con peticiones más radicales a las que anteriormente aspiraron.

Siguiendo la idea de Annick Lempérière y François Xavier-Guerra, llama la atención que una vez desaparecidas las corporaciones heredadas del antiguo régimen, se constituyeron asociaciones mutualistas, y más tarde

sindicales, que a pesar de su carácter novedoso, tuvieron pocos fines en común con otras formas de sociabilidad de la modernidad ilustrada y decimonónica. Más aún, mientras que la opinión pública moderna, resultante del juicio de individuos autónomos, se supuso siempre libre en relación con los gobiernos y el Estado, la de las clases trabajadoras sería captada y utilizada por todo tipo de vínculos, al mismo tiempo voluntarios y “comunitarios”, como por ejemplo las adhesiones partidistas.³⁷ Sin embargo, el hecho de que una gran cantidad de grupos organizados de obreros y artesanos se hayan organizados para participar políticamente en contra de la línea política oficial, demuestra que el intento de imposición y obediencia política no fue del todo exitoso.

En este sentido, las discusiones públicas sobre cómo debían de actuar las clases trabajadoras fue una constante en el discurso de los medios de difusión. El debate sobre su actuar social, su importancia en la participación política y su deber moral fue una disyuntiva de muchas aristas. Sin embargo, estas discusiones formaron el mecanismo indispensable por el cual se realizó la alquimia que transformó las opiniones particulares en una sola de cual todos –o la mayoría de los interesados– estaban convencidos. Rastrear este proceso de construcción cultural de significados mediante el cual, sujeto y discurso se produjeron mutuamente, es un proceso que a mi entender es constitutivo de toda cultura política y de su relación con todos a los que ella se acercan.

37 LEMPÉRIÈRE, Annick y GUERRA, François-Xavier (2008), *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas, (siglos XVIII-XIX)*, FCE-CEMCA, México, pp. 20-21.